



**Homily of His Eminence Frank Cardinal Leo  
Metropolitan Archbishop of Toronto  
Stewardship Sunday - 20 September 2026**

Queridos hermanos y hermanas en el Señor,

Alabado sea Jesucristo.

Hoy es el Domingo de Mayordomía, que se celebra anualmente en toda la Arquidiócesis de Toronto el tercer domingo de septiembre. La parábola que nuestro bendito Señor nos enseñó, a primera vista, no parece tratar sobre la mayordomía en absoluto. Parece tratarse de una viña, prácticas de contratación extrañas y salarios injustos. Pero si escuchamos con atención, descubrimos que en realidad se trata de cómo vivimos y experimentamos lo que se nos ha confiado.

Observen cómo se desarrolla la parábola. El propietario de la viña sale una y otra vez: temprano por la mañana, a media mañana, al mediodía, por la tarde, incluso a la hora undécima. Dios no nos llama solamente una sola vez; hay una serie de invitaciones a lo largo de toda la vida. La mayordomía, entonces, consiste en escuchar estas invitaciones llenas de gracia y ser fieles a la hora en la que nos encontramos.

El problema comienza cuando los primeros trabajadores dejan de vivir en el presente. Miden todo su día en comparación con la hora final de alguien más. La comparación los aleja de su propia vocación y los vuelve ciegos ante la situación de los demás, concretamente la de los trabajadores que llegaron tarde. Aquellos que esperaron en la plaza hasta la última hora no estaban de vacaciones; eran personas no deseadas, ignoradas. Cualquiera que haya estado desempleado conoce el dolor de ser pasado por alto y el miedo a no tener lo necesario, a no contar con las necesidades básicas de la vida. Imaginen su alegría y alivio al recibir el “salario diario habitual”. El “salario” entregado no es su paga por una hora de trabajo; es misericordia y una restauración de su dignidad, lo cual subraya la generosidad y el cuidado providencial de Dios hacia nosotros.

Un gran peligro de la vida espiritual, y de hecho de todo nuestro camino de fe, no es solo que *dejemos de acoger y recibir lo que se nos ha dado*—sino que nuestra atención se desvíe hacia alguien o algo más. Podemos trabajar en la viña durante años y aun así caer en el resentimiento, la rutina o el cálculo silencioso. Podemos ser fieles exteriormente, pero preguntarnos: “¿Por qué mi vida es más difícil? ¿Por qué otros tienen más con menos esfuerzo?” Cuando esas preguntas echan raíces, la mayordomía se desmorona; no porque dejemos de trabajar, sino porque dejamos de confiar. Nuestro enfoque se desplaza de la presencia y la gracia de Dios hacia nosotros mismos y las limitaciones de nuestro corazón.



Volviendo a la historia, el propietario de la viña responde claramente: “¿No te pusiste de acuerdo conmigo en el salario diario habitual?” En otras palabras: ¿Acaso lo que te di no fue suficiente? La mayordomía no es maximizar la producción o las ganancias; se trata de permanecer fieles a lo que Dios da ahora y encontrar formas de compartir aún más. Los primeros trabajadores recibieron un salario de un día completo en la viña, pero al mirar a otro lado, convirtieron un regalo en una maldición.

Cuando vemos nuestro trabajo, nuestras familias, amistades y responsabilidades diarias no como lugares de encuentros divinos donde la gracia se despliega, sino como obligaciones pesadas que hay que soportar con esfuerzo, perdemos de vista la presencia, el amor y la acción de Dios, por no hablar de los demás. Los compañeros de trabajo se convierten en competidores, cargas o extraños, y comenzamos a imaginar que la gracia está en otra parte: en otra hora, otra vocación, otra vida.

La gracia, el amor de Dios, su presencia y acción en nosotros y a nuestro alrededor se encuentran en el llamado presente, en el aquí y el ahora. Esto es profundamente liberador. La mayordomía no es construir una vida de servicio perfecta; es fidelidad a la hora que estamos viviendo: estar presentes ante Aquel que siempre nos está amando, presente y activo en mi vida y en mi entorno.

Cuando estamos presentes ante Dios, de manera intencional y amorosa, la generosidad fluye abundantemente. La viña no es algo abstracto; está aquí, en nuestra parroquia, en nuestros hogares y en las responsabilidades tranquilas que llenan nuestros días. Dios nos coloca al lado del otro con diferentes dones y cargas. Parte de la mayordomía es recibir nuestro propio llamado y también reconocer, honrar y hacer espacio para el llamado del otro.

Estar presentes ante las gracias ofrecidas nos lleva a preguntar: “¿Qué se me pide en este momento?” en lugar de “¿Cuánto debería dar?”. No nos mueve la comparación, sino la compasión; no la obligación, sino el amor. El Maestro sale repetidamente a llamar a los trabajadores, marcando el día con su iniciativa divina. Cada hora —temprana o tardía— pasada en la viña es tiempo con Él, y ningún momento es espiritualmente insignificante, como escribió Gerard Manley Hopkins: “El mundo está cargado con la grandeza de Dios”.

Permanecer. Habitar. Aceptar la hora que se nos ha dado sin comparar. Confiar en el Señor que nos llama, incluso cuando no entendemos. Esta es la silenciosa invitación del Evangelio hoy: regresa al momento presente y recibe nuevamente la realidad concreta de tu vida, no como algo que debas medir, sino como algo que te ha sido confiado. Al final, el salario no es lo importante. El regalo es que somos invitados a vivir, trabajar, regocijarnos, dar gracias y amar en la presencia del Señor y Maestro; al final, Él mismo es el verdadero regalo.